

De mi Diario

Evocación de la bohemia mexicana

Eulalio Ferrer Rodríguez

Con Tata Nacho, al que *Así es mi tierra* debe su nombre, mi amistad se ha hecho muy próxima, de intensa cordialidad. La dirección musical del programa, con su Rondalla Mexicana, lo ha sacado de un largo anonimato, inconcebible si se repara que la historia de la canción mexicana romántica le debe algunas de sus más bellas páginas. Lo sentimental anuda el destino de los hombres. ¿Quién le diría a mi padre que *La borrachita*, que él cantaba con sus amigos en Santander, sería una especie de brújula para encontrar al director musical de la serie que habíamos ideado tanto para enriquecer el territorio folclórico de México, como para asociarla con la mexicanidad de la empresa patrocinadora? La referencia conmovió a este hombre, todo sensibilidad, que es Tata Nacho. El acierto del título de *Así es mi tierra*, sin yo saberlo, coincidiría con el de la primera película protagonizada por Mario Moreno “Cantinflas” y su compañero de carpa, Manuel Medel.

No es extraño que, al calor de esta fraterna amistad, Tata Nacho se haya convertido en un introductor estimulante de mis primeros pasos profesionales en México, inundándolos de sabor y nostalgia. Como conoce a los más populares personajes del país, me acerca a ellos en reuniones, comidas, brindis y pachangas. Tata Nacho, tras de presentarme con Diego Rivera y Roberto Montenegro, pintores famosos, me ha llevado a su refugio bohemio, que comparte con los dos compositores que, junto con él, forman El Trío Veneno —Mario Talavera y Alfonso Esparza Oteo—, muy unidos a las andanzas de otro conocido compositor, Sebastián Lerdo de Tejada, ya muerto, experto en las entretelas de la política nacional. El refugio bohemio, uno de los últimos que quedan en la capital, está situado en el pasaje de Madero y 5 de Mayo, en el mismo edificio del Centro Vasco y su espléndido restaurante. La gente, artistas y escritores en su mayor parte, empieza a lle-

gar en la noche del sábado y la convivencia se despidе al amanecer del lunes siguiente. Es un desfile abierto, de intermedios y rotaciones de amigos elegidos, afines. Hay algunos que se quedan hasta el mismo lunes, prendidos fieles a los tragos combinados o solos... tequilas, coñac, cerveza.

Mario Talavera lleva una libreta clasificada con los chistes y anécdotas que colecciona, y los dice serio, pero con mucha gracia. Lo que es una convocatoria divertida para que cada uno cuente los suyos. Miguel Prado se apodera del piano, improvisando o tocando algunas de sus melodías. Esparza Oteo alterna, cuando viene, con su repertorio más amplio y su dominio musical evidente. Raulito es el pianista más dúctil para los acompañamientos. Chucho Monge suele presentar, con la guitarra, sus nuevas composiciones, que también entona. Allí conozco las *voces sagradas* de México: Elvira Ríos y Toña La Negra. Pespuntean Amparo Montes y Chucho Martínez Gil, “El manco de la canción mexicana”, autor reciente de *Dos arbolitos*. Menos frecuentes son María Luisa Landín, la intérprete de mi preferida *Vereda tropical*, y María Luisa Carbajal, la musa de Mario Talavera, una cantante frustrada de ópera.

Además de las melodías de Mario Talavera, en el repertorio de María Luisa Carbajal, figuraba *Peregrina*, una canción de corte romántico, representativa de la trova yucateca, hecha leyenda en todo México.

Su historia apasionante la resume Mario Talavera recordando que *Peregrina* del compositor Ricardo Palmerín, musicalmente articulada por el maestro Rosado de la Vega, fue el encargo de una mujer norteamericana conocida en Mérida con el nombre adoptado de Alma Reed, quien se enamoró ardientemente de Felipe Carrillo Puerto, un hom-



Díaz, Delgado y García, *Bailarinas*, 1931

Miguel Casasola, *Salón Rojo*, 1932

bre seductor que lideraba las ideas socialistas en el sur del país. Alma, enamorada a la vez, de su *Peregrina* había gestionado sus papeles de divo rí en Estados Unidos para casarse con Felipe Carrillo Puerto. Pero éstos llegaron tarde; el líder socialista fue fusilado en enero de 1924 por las huestes delahuertistas. La boda se iba a celebrar en el Hotel Fairmont de San Francisco y la novia tenía listo su vestido matrimonial, precisa Mario Talavera, consultando su libreta de apuntes.

Entre los políticos más asiduos están Agustín Arroyo Che, que según parece costea la renta y el mantenimiento del piso, y José Aguilar y Maya, un maestro en leyes y en tragos continuos. He saludado al general Gonzalo Escobar, del que me aseguran que fue el último de los generales sublevados antes de que el régimen revolucionario se estabilizara. He conocido a Alfonso Ortiz Tirado, un médico que ha hecho carrera como cantante. Algunas noches acude a recitar Isabela Corona, mujer atractiva, sin ser guapa, que tiene una voz grave espléndida. Con

ella viene la pintora María Izquierdo, cuyas pinturas carga, para mostrarlas, su esposo, el chileno Raúl Uribe. El escritor Fedro Guillén proclama con elocuencia y generosidad su simpatía por los exiliados españoles.

En esas noches chispeantes de evocaciones, Tata Nacho canturrea al piano *La borrachita*, una de sus más bellas melodías. Luego, más formalmente, pide a las hermanas Águila, que han llegado con Pedro Vargas, que interpreten su canción. Suena a milagrería prodigiosa. Le pregunto a Tata Nacho si *La borrachita* fue producto de alguna parranda: “No, es una letra a la que estuve dando vueltas durante algunos meses”, me dice. Y agrega: “Cuando la redondeé, la música surgió en otro rincón bohemio de hace bastantes años, situado en lo más alto de un edificio, no lejos de aquí, en San Juan de Letrán y Artículo 123, entonces Nuevo México. Edificio de muchos pisos, donde había un elevador verde olivo que manejaba un veterano de la Revolución, quien no entonaba mal las canciones del

Bajío. Alguno de sus tonos quedó prendido en mi memoria y quizás influyó en el acento melódico. Lo cierto es que *La borrachita* gustó a los habituales de aquel santuario bohemio, convirtiéndose en himno de sus brindis”. Pero Tata Nacho haría otra revelación: “En ese santuario bohemio nació, también, *Adiós, mi chaparrita*. Ya verán que más que un compositor romántico, soy un triste compositor”, añadiría mientras saboreaba su copota de coñac. Pedro Vargas tarareaba *Adiós, mi chaparrita* y Tata Nacho vuelve al piano. Mi asombro es delirante. Cantamos y bebemos todos. El ambiente y los personajes de este rincón me hacen su prisionero, matriculándome en experiencia mexicana, desde una de sus catedrales, la bohemia... Este manantial luminoso de creación, donde la lógica y la norma suelen ser un estorbo, pero que condiciona de algún modo la vida vivida, esto es, el viaje del tiempo. ¡Este México maravilloso, tejido con los hilos de la imaginación y de una diferida realidad! U